

Desde que era un niño recuerdo haber tenido episodios en los que dejaba de ser yo. Pero no de manera metafórica o poética; realmente me transformaba en algo más. Entonces me parecía muy placentero, pues podía hacer lo que quisiera sin meterme en problemas, ni tampoco enfrentar consecuencias negativas, porque, al yo no ser yo, podría culpar a eso otro que yo era.

Sin embargo, nunca recibí castigo alguno por los actos cometidos durante esos episodios. Ahora pienso que quizá lo que hacía en esos momentos de metamorfosis no era algo malo, o, si era malo, quizá no era grave, y es por eso que no ameritaba castigo alguno. Si bien tengo algunas ideas sobre situaciones de mi infancia que pudieron haber ocasionado esas transmutaciones, no lo tengo del todo claro.

Al llegar la adolescencia, aquello cesó de pronto, así, como si nada. Incluso le resté importancia, y casi olvidé que eso alguna vez sucedió.

Pero después de cumplir los veintiséis años, aquello volvió.

Cuando caminaba por la calle, sentía que mi cabeza pesaba mucho más que cuando estaba en mi departamento. El concreto, el asfalto y los peatones se apilaban uno sobre el otro y añadían kilos y kilos de peso a mi cabeza, a tal grado que me

parecía que no era capaz de mantenerla en su lugar. Se caía un poco hacia atrás, luego hacia delante y después hacia los lados, balanceándose de manera uniforme sobre mi cuello, como una coreografía. Mi cuello, por otro lado, era una endeble columna de adobe sosteniendo mi cabeza que, después de todo el peso añadido, se volvía de osmio<sup>1</sup>. Mi cuerpo estaba hecho de un material ligerísimo, no puedo descifrar qué material era exactamente, pero diré —por decir algo— que estaba hecho de delgadas ramas de olivo y de hojas de ese mismo árbol. Era una cabeza de osmio, un cuello de adobe y un cuerpo de hojas y ramas que paseaba por las mal formadas y agrietadas aceras de la zona céntrica de la ciudad.

Al llegar a mi departamento, como si de un hechizo se tratara, tan solo con abrir la puerta me envolvía en un vestido confeccionado en carne y con estampado de piel. La tela del vestido era de tal calidad que se sentía como carne humana auténtica. Sin embargo, por dentro no había órganos ni huesos, tampoco había venas. Por dentro todo seguía siendo osmio, adobe, ramas y hojas.

---

<sup>1</sup> El osmio es un metal de transición, y el elemento natural más pesado (es decir, más denso) que existe, con una densidad de 22.59 g/cm<sup>3</sup> y una masa atómica de 190.23

Portando mi vestido de carne y piel me pavoneaba frente al espejo y le pedía a mi reflejo que admirara tan magnífica obra, que aparentaba ser de *Haute Couture*, pero que realmente era solo una imitación que, aunque buena, era solo una copia. Otras veces, cuando caminaba desde la fonda donde acostumbraba comer hasta mi departamento —aunque la distancia era de apenas dos cuadras—, sucedía que el que caminaba no era mi cuerpo, sino un espermatozoide. Como sucedía en la situación antes descrita, era consciente de ser yo quien se desplazaba, pero mi cuerpo, de la cabeza hacia abajo, era un flagelo, una especie de culebra marina que cambiaba su color de un azul muy claro a un blanco casi transparente a medida que me rozaban las sombras y me azotaba el sol. Mi cabeza, sin embargo, era más constante en su forma —ovalada— y su color —gris blanquecino. No tenía ojos, pero veía. No tenía orejas, pero escuchaba. No tenía nariz, pero olía. No tenía piel, pero sentía. No tenía cerebro, pero pensaba. No tenía boca y, efectivamente, no me era posible hablar. La gente me miraba y entraba en pánico, y no los culpo, pues de haber sido yo uno de ellos, hubiese reaccionado de manera incluso más dramática. Incluso me parecía que la sensación de pánico era una emoción prudente, considerando lo grotesco del

espectáculo. Además de miedo, notaba en los rostros de los niños pequeños un gesto de fascinación, y en las caras de los adultos mayores distinguía un atisbo de pena.

Intentaba huir lo más rápido posible de la calle, pero la velocidad a la que me movía no se parecía en nada a lo que uno esperaría de un espermatozoide; por el contrario, mi andar era lento, lentísimo. Y torpe. El anhelo de llegar a casa se incrementaba cuándo la vislumbraba, al cruzar la última glorieta. Sin embargo, sabía que al llegar a mi recámara no fecundaría absolutamente nada, y terminaría derramado en mi cama, seco.

¿Es normal ser un espermatozoide o un conjunto de ramas cuándo uno se desplaza por la calle? Sí. Es de lo más normal. O eso decían los expertos con los que me comuniqué; porque, como es natural, cuándo todo esto volvió después de años de ausencia, mi susto fue enorme. Tan grande que, tras un incómodo episodio en una barbería, tuve que encerrarme en mi departamento por tiempo indefinido. La barbería se encontraba justo frente a mi departamento de la avenida Monterrey, en la colonia Roma, en la Ciudad de México. El barbero pasaba la maquina de afeitar por mi barba disforme

cuando de pronto sentí cómo mi cuerpo se derretía sobre el asiento y solo quedaba la capa blanca sobre él. Pero no era solamente el hecho de derretirme, sino que mi acuoso cuerpo desprendía olor a vómito. Era yo un vómito, y el barbero no parecía notarlo, pues seguía recortando mi barba, y la recortaba con una delicadeza cada vez mayor, como si quisiese entretenerme ahí el mayor tiempo posible, e intentase librarme de tener que correr a mi casa y enfrentar algo terrible allí dentro.

Salí como salen los vómitos de los lugares, y en esa condición hui a mi departamento. Entré y no volví a salir. No podía ni si quiera ir al cajero a sacar algo de dinero o a comprar unos tacos a la esquina, pues apenas abría la puerta que daba a la calle, mi cuerpo temblaba con una intensidad que se asemejaba al movimiento telúrico más violento de la placa de Cocos, e inmediatamente después, mi carne se transformaba en algo que no era carne: un material que ni siquiera podía ser algo que perteneciese al cuerpo humano.

El mismo día del incidente en la barbería me comuniqué con los expertos. Me hicieron saber que todo eso era normal, y que todos de vez en cuando tenemos la sensación de ser algo más.

Y ese algo más puede ser literalmente cualquier cosa. Pero yo no tenía la sensación de ser algo más, sino que verdaderamente lo era; pero eso no lo aclaré por miedo a ser considerado un loco. Eso llevó a que, aunque los expertos me llenaran de afirmaciones sobre la normalidad de mi situación, yo no pudiese convencerme de tal cosa, pues ellos no conocían la gravedad de mi estado, porque yo les había ocultado información.

Y aun cuando conociesen todos los detalles y siguiesen afirmando que aquello no era algo raro, el hecho de que algo sea normal no significa que sea fácil de aceptar.

Lo que pasaba por mi mente con más frecuencia al inicio era que, después de aspirar a la locura por tantos años, por fin la había obtenido. Y es que por mucho tiempo estuve convencido de que aquel viejo y extendido mito de que para crear algo artísticamente valioso había que estar loco, era real. Era yo tan estúpido que, aún sin poder definir lo que es la locura, quería poseerla, y la buscaba como un templario en tierra santa buscaba un clavo, un pedazo de tela o una astilla que perteneciese a Cristo, imaginando en sueños orgiásticos las recompensas que su rey le concedería a cambio de uno de esos

objetos. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera para enloquecer y entonces crear magníficas obras que conmovieran al mundo y aseguraran mi inmortalidad.

Cuando era niño y no aspiraba a la inmortalidad, solía comer algo en mal estado para asegurarme de tener una intoxicación estomacal y no tener que asistir a clases. Evitar la asistencia a clases en ese momento se sentía como desenterrar el Santo Grial de las calles empedradas de Jerusalén. Luego mis ambiciones crecieron, y la finalidad de librarme del colegio se convirtió en la búsqueda de la inmortalidad, y el medio pasó de comer alimentos putrefactos a enloquecer.

Ahora que me encontraba en un encierro, aparentemente autoimpuesto, ya no me parecía un buen trato el de intercambiar la cordura por la genialidad artística.

No puedo negar que, por momentos, era reconfortante tener la excusa perfecta para no salir de casa. —No puedo salir, porque si lo hago me convierto en algo que no soy—, decía a quien sea que me extendiera una invitación a algún lugar fuera. A la mayoría de las personas cercanas a mí no les parecía extraña esa respuesta, pues pensaban que era otra de mis

excentricidades, a las que tan acostumbrados estaban mis allegados.

Al inicio me sentía incluso un tipo afortunado, porque además de no poder salir de casa, no tenía por qué hacerlo. *¡Cuántas personas no quisiesen estar en mi privilegiada situación!*, pensaba.

Las primeras dos semanas no estuvieron mal. Mi hermano me visitaba cada dos días, rigurosamente. Los días que venía comíamos, hablábamos de música, de películas o de la situación política en México. Evitábamos hablar de mi encierro y de sus causas. Pero, aunque no demostrara abiertamente su preocupación, sé que realmente lo inquietaba y hacía lo posible para que yo estuviera bien y, sin decirlo explícitamente, arrojaba indirectas para intentar obtener una respuesta de mi parte sobre cuánto tiempo más estaría encerrado. Yo lo calmaba diciéndole que solo lo estaría unas semanas más y que, así como todo eso estaba sucediendo, pronto cesaría. Pero pasadas exactamente dos semanas, viví el primer momento de verdadera incomodidad: me encontraba tirado en mi cama, mirando al techo. Mis uñas estaban limpias, pero sentía asco de tenerlas pegadas a mis dedos. Ansíe no tener uñas y deseé que el dolor de arrancarlas no fuese tan grande, pues al menos

podría entretenerme esa aburridísima tarde de domingo quitándomelas. El techo parecía estar hecho de venas: pequeños ríos por donde corría la sangre, con infinitos cauces formando un inmenso delta en la esquina donde comenzaba la pared. Me paré sobre la cama y rasgué con violencia el techo con mis malditas, sucias y largas uñas, esperando abrir esas venas y darme un baño de sangre, imitando a la condesa Elizabeth Bathory.

El tedio me aplastaba, porque no era estúpido y sabía que lo del techo no eran venas, sino un tipo de textura de mal gusto, pero de uso muy extendido en los muros y en los techos de este país de malos gustos, y que no podría soportar el dolor, en el hipotético caso de que realmente me arrancase las uñas. ¿En qué podía entretenerme entonces? ¿Cómo hacer que las horas de esa tarde de domingo avanzaran más aprisa? Sería incluso aburrido suicidarse un día como ése, y tampoco lo merecía; no iba a darle ese gusto a ese maldito día. No me vería muerto, pero lo haría dudar de si estaba yo vivo, lentificando con esfuerzo mi respiración e intentando que mi inspiración y mi espiración fuesen casi imperceptibles. Tampoco le daría el gusto de verme bañado en sangre o con el lecho ungueal destrozado. Decidí no sonreír, pero tampoco llorar. Esa tarde

de domingo, que pasaba como una visita sin guía al infierno, no merecía nada de mí. Miré al techo, procurando desaparecer cualquier expresión de mi rostro. La textura del techo, que hacía unos momentos me parecía hecha de venas, ahora tomaba la forma de una manada de hienas, decenas de hienas, las cuales rodeaban el cadáver de otra hiena que —asumí— había sido antes la líder de la manada. Me acerqué lentamente, manteniendo mi rostro inexpresivo, y la violé, deleitando así a la manada con un espectáculo de bestialismo necrófilo que superaba con creces el gozo que hubiesen sentido sus paladares al devorar a su antigua líder, a la cual claro está que, en su condición de carroñeras, ellas no habían asesinado, y que ahora, por contener fluidos y restos humanos dentro de sus restos mortales, no les parecía apetecible y preferían sencillamente abandonarla. Estoy consiente de lo absurdo que suena que en el techo de mi departamento haya sucedido semejante escena, y peor aún, que yo haya participado en ella, pero ruego que se me crea, o que al menos se me dé el beneficio de la duda.

Después de violar el cadáver del animal, me sentí inmerso en una sensación de asco, y fue precisamente ese asco el que devolvió y definió la expresión a mi rostro. Me paré y me

duché con el agua más caliente que mi cuerpo podía soportar, como queriendo castigarme. Pero si el agua caliente no logró limpiar mi piel de repugnancia, menos pudo asear mi mente. Decidí que era mejor dormir; quizá al día siguiente el asunto de la hiena sería solo una anécdota graciosa, que me contaría a mí mismo en el futuro, como cuando siendo niño uno hace una travesura inocente y, aunque en el momento el regaño se vive con amargura, con el pasar de los años la anécdota pasa a ser una divertida historia familiar. Pero no advertí que si mi mente en estado de vigilia había violado el cadáver de una hiena putrefacta, mi mente en estado de sueño traería peores, más profundas y más incómodas situaciones. Y así fue. Soñé que me encontraba dentro de la casa en la que nací y en la que pasé la mayor parte de mi infancia y adolescencia (con excepción de algunas temporadas que estuve en casa de mi abuela, por circunstancias que no abordaré aquí). Esta se presentaba como un espacio habitable, pero también como un personaje vivo. Como creo que Poe imaginó la mansión de Roderick Usher. Esta casa no parecía ser la que yo habité, y sin embargo estaba seguro que lo era. Las habitaciones no las dividían muros, sino voces. Voces que más bien susurraban, y lo hacían tan quietamente que no distinguía lo que decían.

Colocaba mi oreja izquierda contra ellas, y con mi dedo índice tapaba mi oído derecho. Pero seguía sin distinguir ni una palabra. Sin embargo, aún sin entender nada, estaba seguro de que lo que sea que decían, lo decían en español. Las habitaciones estaban llenas de muebles viejos, de principios de los años noventa. Su distribución no parecía seguir ninguna lógica: ni práctica, ni estética. Pero a mí poco me importaba que el sofá se encontrara junto al escusado, que a su vez flotaba en medio de la recámara, o que la mitad de la cama colgara precisamente del escusado y que la otra mitad estuviera dentro de un humidificador enorme que cumplía la función de armario. Lo que me interesaba eran los muros de voces. Pasaba todo el día intentando entender alguna palabra. Las ventanas, que eran de un mármol transparente, daban entrada al crepúsculo. El suelo, que era de ramas secas de lo que una vez fue un frondoso sicomoro, dejaba de ser visible, y ahora solo sabía que existía porque caminaba sobre él. Encendí los focos del techo, que era un inmenso panal de abejas, pero abejas silenciosas y quietas. Los focos —tres cadáveres putrefactos que colgaban del techo de abejas— iluminaban de nuevo la habitación. La luz artificial me permitía escuchar mejor lo que decían las paredes de voces. Alcanzaba a

escuchar solamente una palabra. Sí, era solo una palabra la que formaba el muro. *“Tócame”*, decía la pared de voces que dividía las habitaciones de mi casa de infancia. Cuando desperté, me sentí aterrado. Había tenido un sueño en el que la casa en la que crecí se entregaba a mí de forma lasciva. Esto era infinitamente peor que la visión, en un techo, de violar a una hiena muerta. Me eché agua fría a la cara, cogí el teléfono y, sin importarme que aún fuera de madrugada, llamé a los expertos. De nuevo insistieron en que no había nada de qué preocuparse, que todo eso era normal. Incluso rieron, recordando las muchísimas veces que pacientes suyos les habían llamado también de madrugada para contarles, aterrorizados, sus sueños eróticos con objetos sin vida, con casas, con edificios o con monumentos. Era absolutamente normal. Muy normal. No había por qué preocuparse. Podía estar tranquilo. Me sentí en calma, pues eran expertos, y confío en quienes dicen ser expertos en algún tema. No había nada de qué preocuparse. Además, soy de esas personas que necesitan que los demás le reafirmen cosas que yo ya sé, hasta con plena certeza. No había por qué preocuparse.

Dejando atrás el susto, y en un estado de somnolienta relajación, me fui a sentar a la sala. Eran las cinco de la mañana

y afuera aún estaba oscuro. Miré la desértica avenida Monterrey a través de la ventana, pero sin ponerle atención, y la imagen de la hiena muerta volvió a mí. Intentaba averiguar si en aquella meditación yo mismo había asesinado al animal, o si solo había abusado de su cuerpo muerto. Quizá mi mente había decidido no imaginar lo que había sucedido justo antes de la violación debido a una situación que ocurrió cuándo era un niño y que quizá —pensé por primera vez— había generado un trauma en mí. Lo que explicaría por qué no podía siquiera imaginar matar a un animal, a pesar de que violar es infinitamente peor que matar, o al menos eso es lo que he escuchado que dicen los expertos. La situación que se dio cuando era niño era particularmente terrible, porque involucraba a mi madre, y cualquier anécdota, por más sencilla, casual o incluso alegre que sea, si mi madre participa en ella, se vuelve una anécdota nostálgica, incluso sombría. Mi madre decía amar a los gatos, pero nunca tuvimos gatos en casa, solamente perros. Sin embargo, sí tuvimos dos gatos en la vieja casa de campo en la que pasamos algunos veranos. Dos gatos negros, de los cuales solo recuerdo el nombre de uno: Tito. El verano del año 1997 lo pasamos precisamente en esa casa, que se encontraba justo a la entrada del pueblo de

Aldama —que, si bien oficialmente es una ciudad, para mí una ciudad de 22,500 habitantes es un pueblo. En esa ocasión, el motivo principal de nuestra estancia ahí era celebrar el doceavo cumpleaños de mi hermano, por lo que veníamos acompañados de sus amigos más cercanos y de nuestros primos. La casa era el lugar ideal para que un niño de cinco años —que eran los que yo tenía en aquel entonces— y asustadizo —como era yo en aquel entonces—, viviera una estancia aterradora. Había sido construida a inicios del siglo XX en un estilo andaluz, con un gran patio central, que más bien era una plancha de concreto que en verano ardía como el fondo de un sartén, y había sido habitada por doce familias antes que nosotros. Pero Aldama era el pueblo en donde había nacido mi madre, ahí había pasado su niñez y adolescencia, y era el lugar más querido por ella.

Considerando, además, que mi madre tenía una fascinación por lo esotérico, lo sobrenatural y lo fantasmal —cosa común en las personas que crecen en pequeños pueblos— aquella maldita casa le parecía ideal para pasar los calurosos veranos de Chihuahua.

La sensación espectral que emanaba de esos viejos muros de adobe parecía trasladarme del calor seco del verano chihuahuense a un frío invierno escandinavo, aunque al tocar los muros la piel quemara y el sudor se evaporara.

Como es fácil adivinar, no tengo buenos recuerdos de esos veranos que, para mi fortuna, fueron pocos; dos o tres, quizá. Una tarde, mi hermano y sus amigos organizaron un partido de básquetbol en la plancha central. Mi madre me dio indicaciones de resguardar a los dos gatitos en una bodega que se encontraba a un costado del patio, y de colocar un pedazo de madera que hiciera la función de barrera, para protegerlos. Me pidió también llevarles agua. Cuando salté el trozo de madera para dejarles el agua, éste cayó. No le di importancia; quizá ni siquiera lo haya notado. Coloqué el platito en el suelo, y al dirigirme a la salida me percaté de que uno de los gatos rasguñaba el madero. Le pregunté, como uno pregunta cosas a los animales, que qué buscaba ahí abajo. Le expliqué, como uno explica cosas a los animales, que no había nada debajo. Para quitarle la duda se me ocurrió pararme encima de la madera en lugar de levantarla, como hubiera sido lógico. Di un par de saltos y le repetí al gato, como uno repite cosas a los animales, que no había nada. Al levantar la falsa pared, me

encontré con Tito, o lo que quedaba de él. Su cuerpo asemejaba la espumosa grasa que se desprende de un pollo que es introducido en una olla hirviendo. Una de sus orejas parecía estar intacta, pero la otra parecía una hoja de sauce que en otoño cae sobre la acera y se cubre de lodo con el pasar del día. Sus ojos, que habían sido expulsados de sus órbitas y habían perdido su consistencia gelatinosa, se perdían entre el cuerpo acuoso, como una mezcla de aguas negras y aguas de arroyo. Pero dentro de todo ese caldo, se alcanzaba a distinguir lo que habían sido los dos agujeros dónde alguna vez se posaron sus ojitos. Curiosamente, su hocico era lo que mejor conservaba su forma, éste se presentaba como un elemento independiente del cuerpo y de la cabeza de lo que alguna vez fue un gato, y de él escapaba al menos la mitad de la salchicha que había desayunado horas antes, cosa que daba a entender que el gatito no había masticado el alimento de manera correcta, y que su sistema digestivo no era muy efectivo, pues los jugos gástricos que ahora se encontraban esparcidos en el concreto no habían logrado disolver el embutido en un espacio de seis o siete horas. Los jugadores de básquet, al observar la escena lloraban, y otros vomitaban, pero el llanto y el asco no solo lo provocaba la grotesca imagen del gato: también lo ocasionaba

mi presencia, la presencia de un niño asesino cerca de ellos, y el hecho de que, mientras ellos jugaban, el brutal asesinato se llevaba a cabo a escasos metros de su improvisada cancha.

Aunque soy dado a tener escalofríos constantemente, recordar la historia del gatito Tito me hizo sentir un escalofrío que recorrió mi cuerpo con una intensidad y una duración que superaba por mucho a los escalofríos a los que estaba acostumbrado, y que normalmente me sacudían al pasear por la noche en un parque poco iluminado, o al sentir la brisa que anuncia una próxima lluvia en la ciudad. Y es que ese escalofrío me sacudió de tal manera que por un momento sentí como si, venciendo la barrera del espacio y del tiempo, viajara a esa casa de Aldama en la que, recostado sobre las frescas sábanas de lino que cubrían el viejo y ruidoso colchón, mirando las paredes que conservaban un poco del pálido color azul que alguna vez decoró por completo esos muros, estremeciéndome, temeroso, casi en un estado febril, e intentando conciliar el sueño, tomaba una limonada fría y dulce preparada por mi madre la noche que siguió al día en que me convertí en asesino.

Me levanté del sillón y me dirigí a mi cuarto. Las tinieblas comenzaban ya a ser suplantadas por una delgada línea naranja, casi roja, que enmarcaba la parte trasera de los grises edificios que rodeaban al mío, y eso me puso de un terrible humor, ya que cada vez que duermo después del amanecer, despierto con una tristeza que me aplasta el resto del día, y que dura hasta que vuelvo a dormir por la noche.

Ya tenía suficiente con aquellas visiones, sueños y recuerdos, como para tener que soportar aún esa tristeza que nace en el vientre de lo que se sueña después de la aurora. Por suerte, logré dormir antes de ver salir el sol completamente. No recuerdo haber tenido esa mañana algún sueño intenso o que valga la pena contar. Dormí tres horas, y el resto del día transcurrió de manera normal. Mi hermano vino a visitarme, trajo milanesas napolitanas para comer y estuvimos hablando de música. Por la tarde se fue, y yo estuve viendo películas. Aquel día no me pareció un día de encierro, más bien lo sentí como uno de esos días en los que, por decisión propia, uno no sale y se queda tranquilo en casa.

Cuando llegó la noche, mientras cepillaba mis dientes, abrí un cajón del baño que tenía un par de meses cerrado y, para mi

buena suerte, encontré una caja de un genérico de *difenhidramina*. Me alegré muchísimo, pues cuando era mucho más joven pasé todas las noches de un verano, cuyo año no recuerdo, tomando pastillas de *difenhidramina*, escuchando el disco homónimo de *The Stone Roses* y viendo videos de *rallys* nazis en YouTube, y sentí nostalgia recordando aquellas veladas que en aquel momento estaban cargadas de tristeza pero, como suele suceder, vistas a la distancia no se sentían tan terribles; incluso parecían haber sido acogedoras.

Tomé tres pastillas de 25mg cada una. Me acosté y, como siempre, me tomó varios minutos ponerme cómodo, pues me es complicado encontrar un acomodo de las sábanas y de la almohada que me satisfaga. Me coloqué los audífonos, puse a sonar el álbum de *The Stone Roses*, y tardé un largo rato en encontrar algún video de nazis, puesto que en Internet es cada vez más difícil encontrar videos de nazis. Por suerte me topé con uno que mostraba uno de los *rallys* de Nuremberg, que era parte de la película de 1935 "*Triumph des Willens*". Mientras observaba, hipnotizado, a Hitler manoteando en su pedestal, sonó el sexto *track* del álbum: "*Elizabeth My Dear*", que de hecho es una versión de *Scarborough Fair*, que es a su vez una adaptación de la balada tradicional escocesa llamada *The Elfin*

*Knight*, en la que a la protagonista de la canción se le pide que lleve acabo una serie de tareas imposibles, a cambio de no ser abducida por un elfo. La versión de *The Stone Roses*, sin embargo, solo utiliza la tradicional melodía, y la aprovecha para hacernos imaginar una monarquía británica suplantada por una república al estilo francés.

Estaba teniendo la mejor noche en mucho tiempo. El antihistamínico estiraba lenta y firmemente el delgado hilo que unía el mundo onírico con el mundo lúcido, hasta que una hora y cuarto más tarde, lo estiró con tal fuerza que logró romperlo, dejándome caer con el cuerpo completamente inclinado hacia el lado izquierdo de la cama, justo donde estaba la entrada al mundo de los sueños. Es posible que haya perdido resistencia al medicamento, pues la dosis que tomé estaba muy por debajo de la que tomaba años atrás, y aún así el efecto fue fuertísimo. Con los audífonos cubriendo completamente mis orejas, me deslicé por un tobogán estrecho y húmedo hasta llegar a un sueño: Salía de mi departamento, pero para hacerlo decidía tomar control de mi mente y convertirme en algo que yo mismo decidiera ser, y que no fuese un olivo, un pedazo de osmio o un espermatozoide caminante. Así pues, de entre todas las opciones que tenía —

que literalmente eran todas— elegí la primera que se me ocurrió, y que además era la más atinada e inteligente: elegí ser Cristo. Y por consecuencia, adquiriría dos naturalezas: una humana y una divina. Siendo ya Cristo, me sentaba en un café de la plaza Luis Cabrera, pedía un café y, al probarlo, el sabor me parecía una mierda; literalmente tenía gusto a excremento humano que, aunque nunca he probado excremento, al menos de manera consciente, y no tengo idea de qué sabor tiene, en ese sueño me parecía que comía una bolsa de té de manzanilla. A la mitad divina de mi paladar aquello le parecía un tremendo insulto, y lo escupía en el rostro de la mesera. Me retiraba sin pagar y continuaba mi paseo. Mi antojo de café se había esfumado después de probar semejante porquería. Me apetecía ahora una taza de té. Me sentaba en una pequeña cafetería en la avenida Álvaro Obregón y pedía una infusión de anís. El sabor era magnífico. Agradecía y felicitaba a la mesera por tan deliciosa bebida.

De la mesa de al lado me observaba una pareja joven, ambos de piel cobriza y ojos color miel. Sus cuerpos eran delgados, pero bien formados. Con la mirada les daba una indicación para que ambos me practicaran una felación por debajo de la mesa mientras bebía mi té. Ellos, sin decir ni una palabra y sin

hacer ningún gesto de aceptación o de desaprobación, se desplazaban por el suelo hacia debajo de mi mesa, como serpientes. Pero era la peor mamada que había recibido en toda mi vida. Los empujaba y al menos a uno le daba una fuerte patada en la mandíbula. Entre gritos acusatorios de violencia de mi parte, me levantaba de la mesa y me retiraba, de nuevo sin pagar, como si nada hubiese ocurrido. Aquella tarde provoqué dos escándalos violentos, pero justificados, y no pagué ninguna consecuencia.

Cuando desperté, la música de *The Stone Roses* seguía ahí, pues había dejado el álbum sonar en *loop*. Los videos de Hitler, sin embargo, ya no estaban: la laptop se había apagado. Por primera vez en varios días logré dormir durante la noche y despertar con la mañana. A pesar de eso, tenía sentimientos encontrados, ya que el sueño había sido agri dulce y, para ese momento del encierro, mi vida onírica y mi vida en vigilia tenían una importancia casi idéntica.

Nunca antes había imaginado cómo sería ser alguien divino, y de verdad había disfrutado serlo, ya que siempre estaba condicionado a ser cualquier cosa que el miedo decidiera que yo fuera.

Pensé que quizá mi encierro se debía a una vocación, desconocida por mí hasta entonces, de asceta. Esta idea duró poco en mi cabeza, pues es claro que practicar el ascetismo no consiste solo en aislarse del mundo, sino en renunciar a todos los placeres materiales, y yo solamente estaba renunciando a los placeres que tenían que ver con la vida en las calles, y los goces de los que disponía dentro de mi departamento eran incontables.

Los pocos minutos en los que consideré que podía estar ya en un camino de purificación espiritual a través del ascetismo, sentí una alegría inmensa. Inmediatamente después de disfrutar de ese sentimiento efímero de alegría, volví a poner *play* a un video de Hitler y a la música de *The Stone Roses*. Mirar esos videos sobre nazis, pero sustituyendo el audio original por canciones de *britpop* se había convertido en una de mis cosas favoritas para pasar el tiempo y relajarme. Esa mezcla de rock británico y clips de genocidas me parecía deliciosa, y funcionaba mejor que cualquier antihistamínico para entrar en un estado de relajación profunda. Intentaba adentrarme en un mundo surrealista para justificar mi locura: la culpa de mi encierro la tenía Adolf Hitler, y no mi agorafobia. Aunque también podía ser lo contrario: inventaba

excusas absurdas para justificar el placer que me generaba mirar videos sobre los nazis.

El encierro, a diferencia del día anterior, se sentía muy pesado, así que llamé a los expertos para que me dieran alguna idea sobre cómo sobrellevarlo mejor. Les conté sobre mi sueño, la *difenhidramina*, *The Stone Roses* y los videos de nazis. Por supuesto que la primera recomendación que me hicieron fue que dejara de una vez de entretenerme con esos horribles videos. El sueño, el antihistamínico y *The Stone Roses*, por otro lado, les parecieron poco importantes. La sugerencia que me dieron fue que, con el fin de sustituir aquel pasatiempo de los videos, me pusiera a escribir. Pero ¿sobre qué iba a escribir? Me aconsejaron que escribiera mis sueños, para así acostumbrar a mi cerebro a recordarlos de manera cada vez más nítida y detallada, pues afirmaban que los sueños podrían darles información valiosa sobre mi estado psicológico (afirmación que me pareció contradictoria, pues hacía solo unos minutos les contaba un sueño que me parecía importante compartir con ellos y lo ignoraron). Pero yo ya recordaba la mayoría de mis sueños con muchísima claridad y no me interesaba en lo más mínimo recordar más detalles. Les dije que eso haría, que escribiría mis sueños, pero les mentí. Me

senté en el sofá, coloqué mi laptop sobre mi regazo y escribí. No pude evitar sentirme motivado a escribir algo inspirado en el sueño de la noche anterior, pues me convencí rápidamente de que no era lo mismo transcribir sueños que tomar de ellos algunas ideas, y por lo tanto no traicionaba mi decisión anterior.

La palabra “traición” golpeó mi cabeza. En el pasado había sido muchas veces un traidor experto, el rey de los pérfidos, y me vanagloriaba de eso. Pero ahora me daba cuenta de que, durante ese tiempo de encierro, no había ejercido ninguna traición en contra de nadie. Es verdad que me quedaban pocas personas a las cuales traicionar, pues apenas quedaba un minúsculo número de humanos cerca de mí: mi hermano y los expertos (a quienes nunca había visto en persona, y de los cuales no conocía la cantidad exacta), y si realizaba una felonía en contra de ellos acabaría, por fin, completamente solo. Pero era tal el cambio que, inconscientemente, se había dado en mí, que no traicioné siquiera, al menos hasta ese momento en el que comencé a escribir, a mi propia persona, que en otros tiempos había sido el blanco predilecto de mis felonías.

Escribí sobre Cristo y mi relación con él. Pero elegí a un Cristo en particular, pues está claro que, así como existe una variedad enorme de vírgenes, también las hay de cristos, y me funcionaba mejor tener una imagen en particular en mi mente para poder entonces escribir sobre él con un poco más de detalle. El Cristo que escogí para ser el protagonista de mi relato, y que normalmente es el que viene a mi cabeza al escuchar la palabra “Cristo”, era el del Templo de San Jerónimo, en Aldama, el cual, sea o no Semana Santa, siempre viste una túnica púrpura. Mide aproximadamente metro y medio; su rostro es casi imperceptible debido a la enorme cantidad de sangre que lo cubre. El escultor debió haber tenido una particular obsesión por la sangre, o quizá al carecer de técnica para esculpir un rostro humano, haya decidido ocultar sus discapacidades escultóricas con sangre. Y aunque antes me horrorizaba, ahora no solo le he perdido el miedo sino que, si lo tuviera enfrente, lamería su rostro y con mi lengua iría descubriendo sus facciones ocultas. Observaría el grosor de sus labios, el tamaño de sus pestañas, el arco de sus cejas o cuánta separación existe entre su nariz y boca. Mediría sus proporciones y averiguaría la asimetría de su rostro. Sabría si parece un hombre caucásico o si tiene más bien los rasgos de

un hombre palestino (como el Jesús de El Evangelio Según San Mateo de Pasolini). Pero el misterio que se esconde detrás de su rostro ensangrentado es lo que verdaderamente me atrae. Si pudiera verlo con el rostro limpio, poco me interesaría. Su cara oculta detrás de la abundante pintura carmín es lo que me excitaba. Al tener lo más nítida posible la imagen de ese Cristo en mi cabeza, escribí lo siguiente:

*Cristo, con su túnica púrpura, agoniza, clavado en un árbol. Su pene tiene excreciones amarillentas debido a la gonorrea que ha adquirido por promiscuo, y sus ojos están enrojecidos por el glaucoma. Una mano queda unida a su brazo solamente por el abductor largo del pulgar, la otra se ha desprendido completamente. Ha caído y se ha convertido en alimento de dos perros galgos persas que pasan por el Gólgota. Sus piernas se mueven intensamente, con un ritmo enloquecido; son las piernas de un adicto. Longino aguarda impaciente para hacer su entrada, debe esperar el llamado de la trompeta de Gabriel. Viene escoltado por María y por José quienes, al ver a su hijo en la madera cubierta de hongos xilófagos, ríen, festejan y bailan. Es su muerte la razón de su dicha. Longino acaricia el rostro pulcro de María. Ella le hace prometer que hará sentir a su hijo*

*un dolor nunca antes sentido por un ser humano. Ella llora de alegría. José, que lleva en su mano derecha la cabeza de una paloma blanca, la levanta como ofrenda al sol y alza su mano izquierda agradeciendo al astro aparecerse tan radiante aquella tarde. Judas los recibe, conmovido.*

*Su aliento tiene olor a vino, y sobre su túnica blanca quedan migajas de pan.*

*María besa la mano de Judas y Judas le besa la nuca. Judas se acerca a los pies de su maestro, lo único que queda limpio de su cuerpo. Judas los toca, le parece que son de seda. Le apetece besarlos. No lo hace, se aleja y le sugiere a María acariciar los pies de su hijo. María, sorprendida por la suavidad de esos pies, en un arrebato de egoísmo pide que le sean amputados, para tenerlos solamente ella. Un soldado romano corta los pies de Cristo y, con una sonrisa, los entrega a María. Ella se aleja unos metros, se sienta sobre una roca dando la espalda a su hijo y acaricia sus pies de seda. Las piernas de Cristo han dejado de moverse, pero su pecho ha comenzado a inflarse. Su cuerpo suelta todas las secreciones posibles: sus ojos, lágrimas; su ano, excremento; su pene, pus, orines y semen; su boca, saliva, flemas y emesis; sus pezones, leche; su nariz, sangre y moco; su rostro, sudor. El mesías ha muerto. Los apóstoles cantan y las prostitutas*

*danzan. Se le ha hecho tarde a Gabriel, se ha adelantado el homicidio. Longino tampoco alcanza a realizar su acto. Una suave brisa acaricia los rostros de israelitas y romanos. Es la mano de Dios, que los bendice por haber asesinado a su hijo.*

Al escribir esa última frase, miré hacia la ventana y vi que afuera llovía. Sentí de pronto un terror inmenso. Sentí miedo de Dios, pero sobre todo de su omnisciencia, así que le rogué que me olvidara, que me hiciera desaparecer de su conocimiento; pero al caer en la cuenta de que, precisamente debido a esa omnisciencia que yo tanto temía, no le sería posible olvidarme, entonces le imploré serle indiferente, que hiciera conmigo una excepción y renunciara a tenerme en consideración alguna. No era esa la primera vez que pedía a Dios que me dejase vivir en paz, sin su presencia y sin su intervención en mi existencia.

Los primeros años de mi vida consciente los viví con un fervor y una devoción enorme hacia Él, pero al cumplir los nueve años y en los días previos a realizar mi primera comunión, comencé a sentirme sofocado y abrumado por su presencia, pues no me permitía actuar ni pensar libremente. Estaba

siempre sobre mí, como una pareja con una dependencia enfermiza y en un estado de obsesión. Esto detonó en mi cabeza, cuando a esa tierna edad de nueve años tuve mi primera experiencia de sexo oral con otro chico y sentí que Dios me observaba haciéndolo y recibéndolo, hasta con detenimiento y profunda atención, como si calificara la técnica, torpe e inexperta, de ambos. Y lo que se suponía que debía de ser algo placentero y el inicio de una vida sexual, se convirtió en algo sumamente perturbador, pues sentí el impulso *vouyerista* del Creador. Y ¿por qué querría Dios ver a dos niños introduciendo sus respectivos penes en sus bocas? ¡Qué clase de enfermo es ese Ser Supremo que nos vigila y nos juzga en todo momento! Mi primer orgasmo lo tuve en uno de esos encuentros, que fueron numerosos y duraron todo aquel año, pero todo el tiempo, antes, durante y después del primer orgasmo, sentí que un ser que no solo era puro sino que había creado la pureza, y no solo era libre de todo pecado sino que él mismo había creado el pecado y, por ende, definido lo que era y lo que no era pecado, desde su trono celestial, rodeado de almas inmortales que alguna vez pertenecieron a cuerpos cálidos, y que con profundo desprecio por la belleza fueron por Él arrancadas con violencia del refugio que brinda la carne

dejándolos fríos y horribles, nos observaba con una morbosidad pedófila. El repentino paso del amor y la admiración al horror y al desprecio se convertiría, en los años venideros, en algo constante en mi relación con las personas. También fue aquella la primera vez en la que me sentí encerrado, aunque aquel encierro tenía que ver no solo con mi relación manipuladora y violenta con Dios, sino con no poder expresar a nadie el miedo que sentía por el aparentemente infinito acoso de Dios hacia mi persona, pues hacerlo hubiese sido una terrible blasfemia, y suficiente herejía era ya lo que pasaba por mi mente acerca de su condición de *vouyerista* y amante celoso como para llevar esos pensamientos a las palabras, cosa que me hubiese destinado al castigo eterno.

Necesitaba ayuda para librarme de la horrenda imagen de Dios que se había formado en mi cabeza, y como no podía pedirla a ningún otro ser humano, la pedí a Jesucristo, de quien aún conservaba una buena impresión. Pero cometí un imperdonable error de principiante, quizá por la tierna edad que entonces tenía, pues no consideré uno de los principios básicos de la teología cristiana: Cristo es también Dios. Al darme cuenta de que no funcionaba rezar todas las noches y pedirle encarecidamente que me librara del miedo que Él

mismo me ocasionaba, decidí ir un paso más allá y escribir una carta. Y esa carta no tenía un solo destinatario, sino cuatro. Aunque tres de esos cuatro son básicamente el mismo ser, preferí no escatimar ni confiarme, y puse como destinatarios a los tres. La cuarta persona a la que iba dirigida mi carta era la virgen María, pues había escuchado en mis clases de catecismo en la escuela de los Legionarios de Cristo que la virgen era aún más compasiva que los otros tres seres y que, si le pedíamos algo y ella lo consideraba loable, intercedería por nosotros. Cuando tuve lista mi carta (cuyo contenido no recuerdo, pero sé que mi padre la conserva en algún lugar) la coloqué en el buró a un costado de mi cama, y dormí con la esperanza de que, por la noche, Cristo, Dios, el Espíritu Santo, María, o en todo caso Gabriel, el arcángel mensajero, recogieran mi carta, y que por la mañana no quedara ya ningún ápice de mi temor a Dios. Sin embargo, por la noche tuve pesadillas, horribles pesadillas en las que un Cristo de tamaño enorme en su cruz, me pedía dejar atrás el temor y aceptar, en cambio, su amor. Desperté horrorizado, y al ver que la carta ya no se encontraba en el buró, me di por vencido. Pensé entonces que el miedo me perseguiría toda la vida, pero no solo el que le tenía a Dios, sino el miedo a tener miedo. Ese temor me tenía ahora

encerrado, no solamente en mi departamento, sino en mi asquerosa cabeza de osmio, o de espermatozoide, o de Cristo, o de gato muerto, o de Hitler. El miedo me había acompañado siempre, como el más fiel de los amigos. Y después de tantas traiciones de parte de mi familia y de mis amigos, éste se había hecho aún más cercano a mí. Bebíamos de la misma agua, comíamos la misma comida y dormíamos en la misma cama. El y yo nos entregábamos seguido a la lujuria, y procurábamos que nuestro contacto sexual fuese lo más húmedo posible, sin importar cuál fuera el líquido que nos otorgara esa humedad. Cuando no estábamos de humor para revolcarnos en la cama, nos masturbábamos mutuamente. Nunca había tenido una relación más íntima con nadie ni con nada. Sin embargo, comencé a sospechar que, quizá, la relación no era una relación sana, y que el hecho de que mi amante me tuviera encerrado podía considerarse un secuestro. Y es que, como ya he dicho antes, mi amante me castigaba severamente si intentaba escapar de aquella prisión, transformándome en algo que yo no era. Sin embargo, lo amaba. A pesar de todo, seguía siendo él quien tenía los labios más suaves y carnosos. Y no importa que tan molesto me sintiera con mi captor, bastaba que

acercara un poco sus labios a los míos, sin siquiera tocarlos, para que le perdonase sus agresiones.

Me arrojé al suelo y grité, no recuerdo qué, pero lo hice con fuerza, pues la irritación en la garganta me duró hasta el día siguiente. Arrastrándome, me acerqué a la puerta del departamento y le di de golpes, como si hubiera alguien afuera que pudiese rescatarme. Pero no había nadie del otro lado, y más importante aún: la puerta no tenía seguro. Si mi encierro fuese de otra naturaleza, podría haber abierto la puerta e ido a dar un paseo. Pero mi raptor —y amante—, tomaba mi cabeza de osmio y la hacía girar hacia dentro, como si ésta fuera la cabeza del gato Tito, cuyo cuerpo pudiese ser desprendido con facilidad. Lloraba, suplicando que me dejara vivir, no importaba si tuviera que vivir el resto de mi existencia en aquel horrible y lúgubre departamento de la avenida Monterrey, quería vivir. Es verdad que, aunque no amenazaba mi vida, yo le suplicaba que no dañara mi existencia, no sé bien por qué razón.

En una ocasión, hacía muchos años, había llegado del colegio y, como de costumbre, tenía un terrible dolor de cabeza, que siempre se originaba en la parte posterior de mi ceja izquierda,

se iba esparciendo por toda la parte frontal, y que solo se curaba cuándo mi mamá me daba los analgésicos cuyos nombre yo no conocía ni me interesaba conocer, pues sabía que ella se haría siempre cargo de dármelos cuando ese dolor insoportable llegara como una garra de quimera a sujetar mi frente con fuerza. Me encontraba en el comedor con mi madre, mi padre y mi hermano. Comíamos crema de elote con pollo y una guarnición de betabel. Como todos los días, mi padre terminó antes, pues tenía el tiempo medido para tomar una siesta y volver a tiempo al trabajo. Mi madre y mi hermano terminaron de comer unos minutos después. Yo apenas había tocado el plato y, como todos los días, las dos señoras que trabajaban en mi casa, Cuca y Concha, y Raúl, el chofer, se sentaron a comer junto a mí. No me gustaba comer, detestaba la comida, ni siquiera me gustaban los dulces, ni el chocolate, ni nada. Odiaba masticar y más aún, me parece insoportable la idea de tener que comer a cierta hora establecida, como si fuese un ritual maldito. Pero ese día era aún peor, pues la comida que más detesto es precisamente la crema de elote y el betabel. El simple olor de la crema de elote me produce náuseas. Cualquiera otro día, Cuca y Concha hubieran terminado de comer antes que yo y, por la prisa de regresar a

sus casas, hubieran tirado mi comida a la basura y yo subiría a la recámara de mi madre para mentirle, haciéndole creer que ya había terminado de comer. Pero ese día mi madre bajó y, al observar que mis platicos se encontraban intactos, estalló en furia. Esa no era precisamente una novedad, pues tenía un carácter fuerte, y nada la hacía enojarse más que no verme comer. Me tomó de la mano con violencia y me arrastró con rudeza al armario que estaba debajo de las escaleras, donde guardaba los adornos de Navidad y de Halloween. No podía controlar mi llanto que, como ondas, pasaba de ser un quejido tenue a un aullido muy agudo, tan puntiagudo como el filo de la Tizona. Me encontraba dentro del armario, rodeado de Santa Clauses de distintos tamaños, formas y colores, y de máscaras de látex de monstruos victorianos, que en otro contexto bien pudieron haber servido de decoración de algún bar gótico sin mucho presupuesto. Pero el verdadero horror de aquel clóset yacía en una máscara del Ayatola Jomeini, que mis padres habían comprado antes de que yo naciera para una fiesta de Halloween en tiempos de la guerra entre Irán e Irak, cuando el Ayatola aparecía frecuentemente en los noticieros. El horror que emanaba de esa máscara se debía a su altísima calidad de manufactura e impresionante realismo; casi parecía que quería

pedirme a gritos que la sacara de ese oscuro lugar y que, con ella puesta, escapáramos los dos de tan injusto encierro. Forcejeé con la puerta para intentar salir, pero mi madre la detenía con gran fuerza por el otro lado. Debido a que la chapa de la puerta estaba dañada, era necesario introducir un cuchillo mantequillero en la chapa y darle una pequeña vuelta hacia el lado derecho para así asegurar la puerta. Mi madre gritó a una de las empleadas domésticas: “¡Cuca, pásame el cuchillo!”. En este momento pensé que mi madre se había convertido en mi verdugo. Estaba a punto de ser apuñalado por ella, y mi único pecado había sido no comer la crema de elote y la guarnición de betabel. Le supliqué que no me matara y le prometí que comería lo que sea que me pidiera comer, si tan solo me permitía vivir. Ella se dio cuenta de la terrible confusión en la que me encontraba. Me permitió salir y con una voz dulce, que es de hecho el único sonido de su voz que aún recuerdo —y que aún hoy me humedece los ojos—, me pidió que subiera a mi habitación a jugar durante el resto de la tarde.

Entonces, como ahora, sentí amenazada mi vida, como si alguien quisiera castigarme por mi “ascetismo”. Al recordar aquella historia de mi niñez, comprendí que por lo sucedido

no dejé de querer a mi madre. Quizá le tuve un poco más de miedo después de ese momento, pero la amaba exactamente igual que antes. Así mismo debía suceder con el miedo que me tenía ahora encerrado. También concluí que el miedo no quería realmente matarme, de la misma manera que mi madre no quería hacerlo: quería que aprendiera una importante lección. Pero ¿cuál era esa lección? ¿Cómo podía castigármese, cuándo era niño y ahora, por intentar acercarme a lo divino de manera no consciente a través de la renuncia a los placeres materiales? Es verdad, como he dicho ya, que solo renunciaba a ciertos placeres. Cuando era niño renunciaba al alimento, y en el tiempo del relato, al aire fresco, a cruzarme con desconocidos, a encontrarme con futuros amantes, a sentarme en una terraza de algún café y observar a la gente caminar como si no tuviera rumbo ni destino, a los olores de los restaurantes, de los puestos callejeros, de los orines de la esquina o del vapor que emana de las alcantarillas. Al verlo de ese modo, comprendí que estaba renunciando a muchos más placeres de los que creía. Me levanté del suelo y me paré, orgulloso y entusiasmado, pues estaba más cerca del ascetismo de lo que antes había juzgado. Inmediatamente después, quizá por el mareo al levantarme rápidamente, sentí que mi cabeza volvía a

ser de osmio, y que mi cuerpo era un esperma. Aterrado, me dirigí al baño y estuve largo rato echándome agua fría al rostro. En ese momento quería estar seguro de que yo era yo, y de que era ese mismo yo el que sentía el agua helada golpear su cara. Más que nunca necesitaba estar seguro de ser yo mismo pues, como he dicho antes, mi carcelero logró mi detención gracias a una práctica cruel, pero efectiva: convertirme en otra cosa cuando me paseaba libre por la calle. Pero no podía permitirle que se me diera el mismo trato adentro que afuera. Necesitaba ser quien yo pensaba que yo era mientras estuviera en el encierro. Pensé en hablarlo abiertamente con mi raptor y pedirle que dejara sus malos tratos para cuando estuviese fuera, pero recordé que no tenía idea de cómo hablar con él. Me sentí física y mentalmente fatigado. Me parecía lógico que mi mente estuviera cansada, pero en todo el día no había hecho ningún esfuerzo físico más que arrastrarme hacia la puerta y llorar. Me miré unos minutos al espejo, el agua escurría sobre mi rostro y mis facciones me parecieron horribles, deformes e imposibles de ser deseadas. Mi calvicie parecía haber empeorado lo equivalente a años en solo dos semanas, de igual manera mis ojeras y las arrugas en los ojos me hacían verme mucho mayor. No podía entender

cómo es que tenía un aspecto tan cansado y demacrado si dormía tanto. Naturalmente, no estaba descansando de manera adecuada, o quizá estaba sobredescansado.

Miré la ventana y clavé mis ojos en la esquina superior izquierda, donde había una pequeñísima cuarteadura. No se alcanzaba a distinguir una separación clara formada por la rotura, pues el tallo de una florecita morada (cuya especie desconozco) cubría ese pequeño espacio de manera perfecta, como si la existencia del tallo estuviese condicionada a la forma de la cuarteadura. El tallo nacía en el encino que hacía de marco de la ventana. La flor, sin embargo, se encontraba afuera, como si se aferrara a no compartir conmigo el mismo baño. Un sentimiento intenso de envidia me hizo correr a la cocina a coger un cuchillo para cortar la flor, pero éste no tenía el filo tan fino como para entrar en esa delicadísima separación, así que tomé una hoja de afeitar que llevaba no sé cuántos meses en el cajón debajo del lavabo. Con ella corté el tallo de la flor, y ésta cayó en algún lado del patio interno del edificio de al lado. No supe exactamente dónde, pues no me asomé. Y es que no me importaba lo que pasara con la florecita, lo único importante en ese momento era deshacerme de ella y de su asqueroso desprecio hacia mí, hacia mi espacio

y hacia el aire que corría entre los espacios de mi departamento.

Pensé que debía consultar si había hecho bien en cortar la flor con alguno de los expertos, pues temí haber cometido un asesinato, pero el sueño me venció. Por suerte, esa noche tuve un sueño agradable: Con una fuerza sobrehumana levantaba con una sola mano una lavadora con capacidad para 18 kilos de ropa, con seis ciclos automáticos, tres programas manuales, *timer* de inicio retardado, nueve niveles de agua y tres temperaturas, y la arrojaba a uno de los hermanos de mi mamá, que yacía en una hamaca que pendía de dos pequeños hilos rojos amarrados a dos enormes troncos de cedro secos. Al caer la lavadora encima de su cuerpo, ésta desaparecía y dejaba ver el torso, la pelvis y sus piernas deshechas. Su cabeza, sin embargo, estaba intacta. Me acercaba y podía ver en su rostro muerto, una mueca. Se burlaba de mí. Se burlaba de mi rostro, que era muy parecido al suyo. Yo lo tomaba del cabello y elevaba su cabeza, con la intención de mostrarme victorioso ante nadie, como el David de Caravaggio, pero la irónica mueca seguía ahí y, en mi desesperación, golpeaba su cráneo contra las paredes y mientras el resto de su cara se desfiguraba, su boca, con ese gesto burlón, seguía ilesa. No

importa cuánto ni qué tan fuerte la golpeará, su mueca no desaparecía. La escena onírica, debido a la insistencia y a la repetición de mis golpes, se convertía en una barra cromática que cambiaba de manera repentina a otra escena, sin aparente continuidad con la anterior, en la que con una mano golpeaba salvajemente a mi abuela en el estómago, y con la otra cortaba la yugular de mi tía con unas tijeras de color azul, como las que usan los niños en preescolar. Mi abuela se encontraba desnuda, sus senos rebotaban sobre el piso como dos testículos sueltos, y la piel de sus antebrazos formaba unas especies de alas de pterodáctilo. Mi tía, por otro lado, estaba enfundada en un abrigo de mink que antes había pertenecido a mi madre, y cuyo escote tomaba un color ladrillo debido a la sangre que brotaba del cuello de mi tía y caía sobre él.

¿Por qué un sueño así sería algo placentero? No supe explicármelo, y temí de nuevo por mi estado mental, y me espantó aún más la idea de que quizá estaba perdiendo la empatía por el dolor ajeno. Es verdad que siento una especial repulsión por la familia de mi madre, pero nunca antes había obtenido placer soñando que los asesinaba. Cuando desperté, noté que un poco de líquido seminal había atravesado mi ropa interior y mi pantalón de dormir. Llamé a los expertos y,

aunque originalmente quería hablarles sobre el aspecto cansado que mantenía a pesar de dormir lo suficiente y más, el motivo de mi llamada cambió. En ese momento era más importante hablar del reciente sueño, y del terrible miedo a ser un psicópata que el sueño me había infundido. Los expertos me explicaron que necesitaba relajarme, pues si bien los sueños podían dar información valiosa acerca de mi estado psíquico, no representaban quien yo era en verdad; aunque, como he dicho ya, en ese momento me era cada vez más difícil separar el sueño de la vigilia. Me explicaron que en los sueños se eliminan todas las barreras éticas y morales que rigen nuestra vida en vigilia, y que debido a eso nuestros anhelos, deseos y miedos se muestran de manera más cruda y directa. Incluso me agradecieron la apertura que tenía con ellos al contarles ese sueño, ya que, aunque según ellos no había nada de qué preocuparse, sí era útil para ellos aquella información, pues los ayudaba a conocerme mejor, y se daban por enterados de la aversión hacia mis familiares maternos. Me sentí aún más confundido después de la llamada con los expertos, pero había algo que sí cobraba sentido, y es que ciertamente odiaba a mis tíos y a mi abuela, y sí que es verdad que desquitarme de ellos me causó un enorme placer. De nuevo estaba en mi cabeza la

idea de realizar actos prohibidos y no pagar por ello. Agradecí a los expertos su explicación, e inmediatamente después de colgar agradecí a Dios por darme ese maravilloso fuero y esa libertad onírica que sin duda aprovecharía. No advertí que Dios había otorgado ese mismo fuero a todos los demás seres humanos. Bendije a Dios, pues por fin le reconocía algo de bondad. Permitirnos la violencia en los sueños y no tener que recibir ningún castigo era un acto de benevolencia enorme, que solo el más amoroso de los padres podría conceder.

En ese momento yo era yo, y siempre que podía ser yo mismo mi pecho se expandía por un aire de alegría que, calentado por mi corazón ardiente, se volvía tan ligero que me parecía que, por unos pocos segundos, lograba desprenderme del suelo. Y es que en estos momentos de encierro gran parte de mi concentración la dirigía a intentar ser yo por más tiempo, o al menos más veces. Y, efectivamente, sentía que lo lograba. Es cierto que siempre fue más fácil ser yo cuándo me encontraba en soledad y en mi departamento. Pero en las últimas semanas se había vuelto aún más difícil, pues mi raptor se empeñaba en castigarme a pesar de ya poseerme completamente. No le era suficiente con tenerme enteramente, quería tener incluso lo que ya no era yo, lo que excedía mi totalidad. Pero cada vez

había días en los que, si bien no ganaba la batalla, sí sosteníamos una lucha reñida, el miedo y yo.

El miedo que venía persiguiéndome desde que era pequeño, como si fuese yo un niño acosado por El Vampiro de Düsseldorf, o un roedor que, sin causar daño a nadie, vive en una hostilidad constante hacia él por el hecho de poseer cualidades que no son del agrado del amenazante. Pero yo me había decidido a ser un roedor escurridizo, a escabullirme y no dejarme atrapar tan fácilmente, aunque estuviera ya en su jaula. Encontraría los espacios, los recovecos y los puntos ciegos adecuados para hacer de ellos mis refugios.

Recuerdo vivamente la primera vez que escuché la voz de mi carcelero; es verdad que lo había tenido frente a mí, que había sentido mi piel contra la suya, y que había utilizado armas en mi contra, pero su voz era, sin duda, su instrumento más letal. Pero no bastaba con que tuviera esa arma mortífera que era su voz, había que saber usarla en el momento adecuado, el *timing* lo era todo. Y en muchas ocasiones, el *timing* le falló. Un frío día de diciembre, antes de navidad, cuándo tenía yo once años, escuché por primera vez aquella voz. No creo en fantasmas, por lo que los lamentos y quejidos provenientes de la recámara

de mis padres tenían que venir de una persona viva. Sin embargo, estaba seguro de haber visto salir a mis padres de la casa hacía solo unos minutos. Los lamentos se agudizaban e intensificaban su volumen. Aterrado, me acerqué a la habitación y acerqué mi oreja lo más posible a la puerta para intentar distinguir lo que sonaba. No cabía duda de que aquello era un ser humano en una lamentación muy profunda e inquietante. La persona sufría algo terrible. Sin embargo, mi inquietud no tenía que ver tanto con los lamentos, sino con saber de quién se trataba, porque, repito, estaba convencido de haber visto salir a mis padres de la casa. ¿Quién entraría a la recámara de mis padres y la usaría de refugio para sus lágrimas? Hacía años que no teníamos servidumbre debido a los problemas económicos familiares. Los quejidos tenían voz de mujer, no podía ser mi hermano. De pronto, los lamentos callaron y sentí cómo mi corazón se aceleraba, mis manos se ponían frías y me abordaba un terror que nunca antes había sentido. Corrí lo más rápido posible en dirección a la sala. Intenté distraerme jugando con mi *Nintendo Gamecube* para olvidarme de lo que había escuchado. Pasaron los minutos y cuando pensé que los quejidos se habían quedado allá, enmudecidos por los pasillos que separaban la recámara de la

sala, se intensificaron aún más. Ahora resonaban por toda la casa, y era una casa grande. Me metí en el baño de visitas, que era el más alejado del origen de ese ruido infernal, pero aún ahí lo escuchaba. Corrí al sótano, pero aún ahí lo escuchaba. Hui al garaje, pero aún ahí lo escuchaba. Salí a la calle y aún ahí lo escuchaba. De pronto, llegó mi padre. Venía solo y sus ojos delatan que había estado llorando. Tenía en su mano lo que parecían ser los resultados de una tomografía. Me preguntó si mi madre se encontraba bien, le respondí que pensé que había salido con él. El negó con la cabeza: *“Se quedó en la casa”*, respondió. Han pasado días, meses, años y décadas desde aquel día, y no importa dónde me esconda, aún escucho los agudos lamentos. Incluso me parece que su intensidad y su volumen, no han dejado de aumentar.

A partir de ese día, intenté por todos los medios no permitir que entrara a mis oídos esa voz. Esa es quizá la verdadera razón por la que elegí la música como profesión, pienso ahora. Quizá tenía la esperanza de ahogar aquel sonido con música. Sin embargo, todos los esfuerzos fueron inútiles. Por otro lado, aunque no podía huir de su voz, sí había logrado escapar del encierro al que parecía querer obligarme, hasta aquel fatídico

día en la barbería en el que, curiosamente, no usó su voz como arma.

Lo que más me sorprendía era cómo se había aprovechado de un pequeño momento de debilidad mientras me afeitaban para raptarme. Bajé la guardia unos pocos minutos, y con eso le bastó para lograr su macabro cometido.

A pesar de que su voz estaba siempre presente y, como ya he mencionado, incluso parecía aumentar su volumen, es verdad también que, debido a la paranoia en la que vivía, muchas veces confundí una voz cualquiera con la de mi captor. En una ocasión me encontraba en el Candy Bar de la calle Amberes en la Zona Rosa, cosa que no era nueva, pues en numerosas noches había deambulado por esas calles y atravesado esos portales que son las esquinas de esa zona. Esos portales me habían llevado a amanecer en vecindades de Xochimilco, en departamentos brutalistas en Tlatelolco, o en departamentos *art déco* de la Condesa. Pero en esa ocasión no tenía la intención de transportarme a ningún lugar. Solo quería estar tranquilo en ese horrible bar. Nada de lo que sucedía ahí era de mi agrado. La música era una horrenda selección de canciones pop mexicanas de los años noventa. El olor a sudor

y cerveza era muy desagradable, y además no encontraba a nadie atractivo. Pero era el único bar abierto cerca de mi departamento, y además era muy barato. De pronto, vi a un chico entrar con dos amigos. Por fin veía a alguien que llamaba mi atención. Yo le parecí guapo también, pues nuestras miradas se cruzaron una y otra vez. Debido a mi estado etílico, no me avergonzaba de que los cruces de nuestras miradas fueran cada vez más duraderos, hasta llegar al punto de simplemente vernos fijamente, casi sin pestañear, durante segundos que yo sentí como horas. Me levanté para ir al baño. El suelo del baño era un mar de orines, una mezcla de los meados de decenas de personas. No le di importancia y entré, chapoteando los orines con mis zapatos bostonianos hasta con cierta diversión. El chico de las miradas entró detrás de mí. Cerró la puerta del baño, me tomó del cuello y me besó. Su beso era pura lujuria. Sentí que me había encontrado con un caníbal. Alejó sus labios de mí y dijo con una voz ronca, como la voz de alguien que no ha dormido en días: *"Si me dejas, te mato"*. Mi reacción inmediata fue tomarlo del cabello y estrellar su cabeza contra la pared. Chillaba como un cerdo en el matadero. Lo solté y se arrojó al suelo, como queriendo ducharse en los orines. Alcancé a distinguir sangre escurriendo

por sus manos, que cubrían su rostro. No entendí lo que gritaba, pero inferí que pedía ayuda. Salí del baño. La música estaba en un volumen tal que nadie escuchaba sus llamadas de auxilio. Salí del bar como si fuera a fumar un cigarro y volver a entrar. Pero me fui, caminando lenta y disimuladamente, a mi departamento, que se encontraba a solo cinco cuadras. Al llegar allí, sentí muchísimo coraje conmigo mismo, y de un puñetazo rompí el pequeño espejo del baño. Mi mano sangraba, pero me lo tenía bien merecido. Caminé a la cocina, tomé una bolsa con veneno para ratas; con una cuchara tomé un poco y me lo comí. Debía castigarme severamente, pues había creído escuchar la voz del miedo hablándome a través de los labios de aquel chico, y peor aún, había besado esos mismos labios que enmarcaban la boca de la que había salido esa voz, pero después de darle el puñetazo y ver que sangraba y gritaba pidiendo ayuda, comprendí que aquella no había sido la voz del miedo, pues el miedo no sangra, porque carece de vida, ni pide ayuda, pues no la necesita. El castigo que ejercí sobre mí mismo resultó ser demasiado suave, puesto que en mi mano tenía solo unas pequeñas cortadas, y parecía no haber sido suficiente el veneno para ratas que ingerí, pues solo me provocó unos pocos vómitos.

Años después de aquello, ya en el encierro, recordaba ese momento con nostalgia, pues a pesar de mi acto violento en contra de un chico inocente, me encontraba libre. Tenía la posibilidad de ir a un bar y golpear a alguien. Hubiera dado una de mis manos, o mi esófago, o ambos, por tener la oportunidad de salir a algún bar y golpear a alguien, aunque el castigo que viniera después de eso fuera severo. Y es que, si la libertad no es severa, se vuelve una prisión disimulada. Así me fui a dormir esa noche, con las palabras “severidad y libertad” en mi boca, pues las pronuncié incontables veces en un susurro y como un mantra antes de quedarme dormido.

Esa noche tuve dos sueños, los cuales —estoy convencido— fueron sugestionados por el mantra que me indujo al sueño.

En el primero, era bautizado en una tina de tamaño mediano en la que mi cuerpo (que tiene una altura de 1.80 m y pesa 68 kilogramos) cabía justo. Entraba en la tina, pero estaba vacía. El hombre que me bautizaba, cuyo rostro estaba cubierto por un pasamontañas y cuyo cuerpo estaba desnudo, encendía una flama debajo de la tina. En cuestión de minutos, mi cuerpo comenzaba derretirse, se iba convirtiendo en agua, agua negra. Pero no dolía. Por el contrario, el gozo era tremendo. La tina

estaba ahora llena de agua oscura, agua que antes fue mi cuerpo. Asomaba solo mi cabeza y la parte superior de mi cuello. El agua era cálida, y afuera hacía frío. Me sentía abrigado, protegido. —¿Será que, a partir de este momento, gozaré por siempre del abrazo de Dios? —grité. El desconocido bautista colocó un pequeño espejo de aluminio frente a mí. Mi cara parecía la de alguien de mi edad (31 años), pero no había imperfecciones en ella. Se habían borrado todas las cicatrices, el acné, las manchas de sol y las arrugas. Una paloma blanca volaba en círculos alrededor mío, y cuando había dado treinta y tres vueltas, se paró sobre mi cabeza. Del pico de la paloma se escuchaba una ronca, muy ronca, casi gutural voz que me daba la bienvenida. *¿Bienvenida adónde?*, pensé, pero no lo dije.

En el segundo sueño observaba a mi tío, hermano de mi madre, dormir. Pasaba toda la noche tomando notas sobre su comportamiento; cuántas veces y a qué hora despertaba, cuántas veces y a qué hora se levantaba a orinar, cuántos pedos y a qué hora se los tiraba, cuántas veces y a qué hora cambiaba de posición su cuerpo, cuántas veces y a qué hora se rascaba la cabeza, los brazos y los testículos. Pero lo que más me importaba, y a lo que mayor atención ponía era a sus

ronquidos. ¿A qué hora sus ronquidos eran más intensos? Después de estudiarlo detenidamente durante varias noches llegaba a la conclusión de que entre las cinco y las seis de la mañana era cuando su ronquido era más fuerte. De pronto era ya la sexta noche que lo observaba. Eran las cinco y cuarenta y seis de la mañana. Su ronquido había alcanzado la nota más alta de su sinfonía wagneriana nocturna. Cogía una de mis vértebras y la estrellaba contra su maldita nariz. Azotaba mi vértebra hasta que no quedaba nada de su nariz, solo un agujero profundo y negro. Después colocaba mi vértebra dentro del agujero. A partir de ese momento, él respiraría a través de una de mis vértebras dorsales.

Al despertar, me levanté de golpe, como si tuviera prisa de arreglarme y dirigirme a algún lugar, pero claro que esto no era posible. Por unos segundos creí ser de nuevo un niño y que se me hacía tarde para llegar a la escuela, y es que no existe peor momento en la vida de un ser humano moderno y de clase media que el momento de ir a la escuela. En cuanto tomé noción de la realidad, me quedé unos minutos de pie observando la cama.

Extrañamente, cuando duermo en una cama que no es la mía, nunca tengo sospechas, al despertar, de estar en un lugar distinto al que realmente estoy. Y, por el contrario, muy a menudo me sucede que, al abrir los ojos, pienso por algunos segundos (y en ocasiones por minutos) que me encuentro en otro lugar. Pero nunca es ese un espacio nuevo o desconocido para mí. Normalmente se trata de mi habitación de infancia, o la cama que compartía con mi abuela cuando mis padres salían de viaje y me dejaban a su cargo. Incluso creo escuchar sus terriblemente molestos ronquidos, que cuando era niño me parecían la peor de las torturas.

Pasados unos segundos, el espacio huye. Y eso es lo que me parece tan inquietante y divertido al mismo tiempo, que es el espacio el que se fuga y no yo. El espacio se aleja, se escapa y abre camino a que llegue uno nuevo. Pero yo sigo ahí, inmóvil.

Me dirigí al baño y, mientras cepillaba mis dientes, recordé que los expertos me habían comentado, días atrás, que los locos no se preguntan a sí mismos si lo están. También es cierto que, antes de los eventos aquí narrados, nunca me había cuestionado si estaba loco. Aunque realmente es un falso

silogismo, en ese momento concluí que si antes no me lo preguntaba era porque antes estaba loco. Y ahora que la duda estaba ya en mi cabeza, había conseguido, al fin, la cordura. Pero eso significaría muchas cosas terribles: primero que nada, mi encierro físico y mental debían ser necesariamente signos, o incluso síntomas, de cordura. ¿La gente cuerda vive encerrada como yo? Quizá sí, pensé.

Las visitas que mi hermano me hacía se habían vuelto cada vez más frecuentes, al punto que venía casi a diario, y en ocasiones hasta dos veces por día. La frecuencia de sus visitas me alarmó, pues pensé que quizá se preguntaba si yo ya estaba loco. Pero no me lo demostraba. Por el contrario, comencé a sentir que me trataba como si fuese yo la persona más cuerda del mundo, incluso creo que su trato se volvía forzado, como si quisiese convencerme (y a él), de que yo era una persona cuerda, y si yo le compartía mi reciente conclusión acerca de que, por el contrario, antes del encierro estaba loco y ahora estaba cuerdo, pensaría que mi locura era peor de lo que imaginaba.

Confieso que unas semanas antes del incidente en la barbería había regresado de una estancia de tres meses en París y, en mi

estancia en esa ciudad, abusé del alcohol y de las drogas, y caí como un poseído en la lujuria. Por supuesto que en algún momento consideré que esa era la razón de mi encierro mental, que luego había derivado en mi encierro físico. Pero nunca sabré si fue así, pues jamás lo mencioné a los expertos, ya que no quería mostrarles señales de debilidad. Ellos repetían que toda esta situación era algo normal, pero yo ya estaba convencido de que mentían, que decían eso para intentar no alterarme, que decían eso solamente como una herramienta psicológica, y que ellos realmente veían algo especial en mí, incluso pensé que mi situación les parecía una situación edificante; me convencí de que ellos veían en mí a un asceta, tan grande en espíritu como San Antonio, y que cada vez que colgaban conmigo los invadía una alegría inmensa al saber que tenían con ellos a un caso único en estos tiempos donde el hedonismo es la regla.

Pero si, por el contrario, ellos descubrían que habían sido los paraísos artificiales y no mi propia psique la que me había puesto en esta situación, su idea sobre mí se desmoronaría y me considerarían una persona más. Un hombre común que cae fácilmente en los abismos del mundo simple.

Ellos, pensaba yo, creían eso; pero yo creía que no había nada único en mí. Que era yo una persona rutinaria, una llamada más de las tantas que recibían diariamente para consultar distintas situaciones o condiciones psicológicas. Dentro de esas personas que llamaban quizá habría alguna que fuera única, pero yo no era una de esas.

Cogí una manzana y me acerqué a la ventana que daba a la avenida Álvaro Obregón. Eran ya las doce del día y la gente se dirigía a comer. Sentí náuseas, verdaderas ganas de vomitar. No podía entender que, si mi encierro era algo tan normal ¿cómo es que veía a tanta gente cruzar la calle? Y lo que me confundía aún más era que todos ellos parecían humanos. No veía ningún olivo, ninguna cabeza de osmio ni ningún espermatozoide caminante. Todos eran humanos, con caras y cuerpos simples. Claro que existía la posibilidad de que todos esos seres cuerdos como yo estuviesen de igual manera secuestrados por mi mismo raptor, y por eso es que no podía verlos por mi ventana. Pero ¿con qué frecuencia tendría que repetirse una situación o existir una condición para poder ser considerada común? De ninguna manera podría una sociedad funcionar medianamente bien si algo como lo que yo vivía fuese “común”. *Los malditos expertos mienten, pensé. Son aliados*

*de mi tirano captor, pensé. Quizá ni siquiera son realmente expertos en nada, pensé. Quizá ellos tienen cabeza de osmio y cuerpo de esperma y buscan consuelo en mí, pensé. Quizá soy yo quien los aconseja a ellos, pensé. Quizá ellos se apoyan en mí, para no caer en el abismo de la locura, pensé. O quizá verdaderamente la gente cuerda vive en encierro y los locos andan por las calles.*

Me detuve un momento, me dirigí a la cocina y cogí un vaso de agua. Tenía la boca y la garganta tan secas que sentí como si puñales entraran por mi boca y nadaran por mis cavidades. Me senté en el sofá de la sala y observé el techo, el mismo que unas semanas antes me había parecido que era un conjunto de venas y en el que, en un estado de contemplación mística, había violado el cadáver de una hiena. Intenté respirar lentamente, pero me era muy difícil pues me encontraba muy alterado. Mi cerebro se había inflamado de rabia. Después de un rato, logré calmarme un poco y razoné que todo eso que había concluido acerca de los expertos no podía ser verdad. Era solo producto de mi delirio. Un delirio que incluso era moderado, pues debido a mi encierro —ya de semanas— necesariamente tendría yo que estar en una peor situación psicológica. Cogí el celular y llamé a los expertos. Los saludé amablemente y, después de una pequeña pausa, les pregunté

con un tono duro si ellos eran verdaderamente expertos en la materia. Para sorpresa mía su respuesta fue preguntarme: *¿de qué materia estamos hablando?* Me sentí como un verdadero estúpido. Se rieron, y después de aclararme que aquello era una broma, insistieron en que confiara en ellos y que, si seguía sus consejos, muy pronto podría salir y recuperar mi libertad. Les agradecí y colgué. De forma casi inmediata pensé que el gran problema es que, salvo la sugerencia de escribir mis sueños, ellos nunca me habían dado ningún consejo. Y, francamente, el consejo de escribir mis sueños era ciertamente algo contraproducente, pues la manera de hallar mi libertad no podría ser de ninguna manera ahondando más en ese mundo onírico. Yo quería vivir en el mundo real y en el presente, no en mis recuerdos, fantasías o sueños.

Esa noche me fui a acostar muy tarde, hacia las cuatro de la mañana. De nuevo escuchaba a *The Stone Roses* y veía videos de Hitler. Entonces tuve un sueño, uno que me sacudió de tal forma que, hasta el día de hoy, de solo recordarlo siento náuseas.

En mi sueño, dormía, y una daga de plata caía sobre mi cráneo. Dormía del lado derecho, por lo que la daga caía sobre

mi sien izquierda. Mi cráneo era suave, elástico y gelatinoso. La daga rebotaba, como haciendo una danza. Pero yo dormía en el suelo de la sala de urgencias donde se encontraba mi madre, recostada en su camilla. La daga hacía las de despertador y, lentamente, como quien despierta de una larga y reconfortante siesta, fui reincorporándome. En la sala había muchísimo movimiento, sin duda algo importante sucedía. Allí estaban mis tíos, mi abuela y mi hermano. Mi padre no estaba, pues mi tío le había prohibido la entrada. Una de mis tías me recriminaba el hecho de que durmiera mientras ellos se hacían cargo de todo lo que sucedía ahí. Yo la ignoraba. Me miraba en un espejo grande de cuerpo completo, y me percataba que vestía como un emperador romano. Mi tío me gritaba, acusándome de ser Nerón. Yo lo ignoraba, levantando el mentón, orgulloso. El médico que había recibido el cuerpo de mi madre aún con vida era el mismo que había sido mi pediatra. Al haber heredado una personalidad hipocondríaca —precisamente de mi madre—, pasé muchas tardes de mi niñez en el consultorio de ese doctor, normalmente por problemas de salud menores o inexistentes, provocados por mi eterna compañera, la ansiedad. No sé la razón por la cual mi madre, enferma de cáncer, era recibida en urgencias por un

pediatra. Sin embargo, el mismo médico que cuidó de mi salud durante mi niñez es quien nos hacía, a mi hermano y a mí, la pregunta sobre si deseábamos que mi madre viviera o muriera. Tan solo nos tomaba un par de segundos pensar la respuesta y darla al unísono. Era como si los segundos se hubieran convertido en horas y hubiéramos tenido él y yo un debate telepático acerca de los pros y los contras sobre el futuro de la existencia de nuestra madre. Decidíamos lo mismo. Aunque ella no podía participar en nuestra deliberación telepática, creímos que era la decisión correcta, la más sensata, pero también la más compasiva. El doctor se marchaba de vuelta a la unidad de cuidados intensivos a llevar a cabo nuestra decisión, y mientras lo veía alejarse me llegaba un pensamiento terrible a la cabeza: mi hermano y yo éramos cómplices de un matricidio. Habíamos decidido acabar con la vida, ya miserable, de nuestra madre. Mis tíos y mi abuela, nos señalaban, y al unísono gritaban: ¡NERÓN!

Desperté de golpe, sudando, con lágrimas en los ojos. Y es que gran parte de lo que había sucedido en ese sueño realmente había sucedido años atrás. No diré qué partes del sueño son verdaderas, pero es importante saber que incluso lo que parece ser más inverosímil pudo haber sido real.

Me levanté y caminé de nuevo hacia la ventana. Amanecía, y ya podía ver con claridad las calles. Entonces puse mucha atención a lo que afuera sucedía, pues mis ojos no creían lo que veían.

Llovía, pero las gotas eran de plomo. Los árboles permanecían inmóviles a pesar de que el plomo caía con fuerza. Las ventanas de los edificios habían desaparecido, solo había muros. No había gente en las calles, sino pequeños olivos que se deslizaban como fantasmas, ligeramente elevados del suelo. El camellón de la avenida Álvaro Obregón era un río de mercurio. Las banquetas, igual que las ventanas, habían desaparecido. Tampoco había coches, solo los pequeños olivos desplazándose como si no tuvieran rumbo. Entonces vi que en el río de mercurio nadaban dos espermatozoides del tamaño de dos personas adultas. Nadaban alejándose de donde yo estaba. Y a mí, mi amante me tomaba de la mano con fuerza y con ternura, queriendo hacerme sentir seguro. Y lo lograba. El sudor de su mano entraba por los poros de la mía, como el agua de tormenta que se cuela por las coladeras de la ciudad. El espacio desde donde veíamos aquel espectáculo era mi departamento, igual que siempre. Y yo, era yo.

I